

VIII

Envuelto en aquel delirio me sobrecogió la gravedad de Clara; mi conciencia fingió sorprenderse y espantarse como ante súbito cataclismo, ante el desastre final de aquella naturaleza que yo había visto desgastarse, derrumbarse día por día, desde la crianza de Luisín, coincidente con las primeras inquietudes celosas de la pobre mujer, y había visto después envenenarse y destruirse hora por hora, bajo la acción corrosiva de su pasión incurable, dementé, mortal. Era aquélla una de las ruinas fisiológicas que los médicos calificamos doctoralmente, según la reinante moda científica, de anemia cerebral, neurastenia aguda, depauperación orgánica, lesión cardíaca, en fin, uno de los socorridos nombres que bastan á llenar una papeleta de defunción y á justificar oficialmente lo inexplicable del fin de muchas vidas.

Cuando llegó la crisis extrema, súbitamente se hizo la luz dentro de mí: tiene la muerte sobre la conciencia influjo formidable; el día en que me persuadí de la gravedad de Clara, que llevaba muchos de hallarse enferma de peligro, cayendo y levantando sin que yo me preocupase de su existencia siquiera, y sin que ella consin-

tiese, por alto orgullo, en avisarme de su estado; el día en que lo comprobé por mí mismo, era ya tarde para todo intento de salvación; después supe, por reticentes y fragmentarias referencias de los criados, que hacía meses—desde que me declaré independiente—que Clara no comía, no dormía, pasaba las noches llorando y pensaba constantemente en la muerte y hasta en el suicidio; su agotamiento é inanición eran mortales; lo comprendí con sólo verla al entrar en la alcoba: la muerte la-había hecho suya, y la había marcado con su sello inconfundible; y todo: su demacración esquelética, su respiración anhelosa, su pulsar tenuísimo, su color céreo, terroso, sus posturas esculturales, la opacidad de su córnea, cuajada, semivítrea; todo, hasta ese olor y vaho especial que los médicos percibimos en los enfermos, aun antes del período preagónico, delataba la proximidad inminente, abismática, aterrador, del gran misterio. Me instalé á la cabecera de la moribunda, y un huracán de remordimientos se desencadenó en mi alma. No cabe en palabras el trágico horror de aquellas horas de agonía en que el tiempo y la eternidad me parecían mezclarse, confundirse como negras ondas de abismo.

En la alta noche, sobre todo, mis terrores llegaban á la locura: parecíame oír distintamente los pasos de esqueleto de la Intrusa, el claqueteo de su osamenta al acercarse al cuerpo inmóvil, sudoroso, exangüe de la moribunda; sentía el ondular de su sudario blanco, que alzaba al mo-

verse un viento glacial que me enfriaba la médula. ¡Estuve á punto de perder la razón! Me condenaba en mi conciencia y me ajusticiaba en ella mil veces como asesino moral de Clara. Consolábame la absurda esperanza de que mi vida se extinguiera con la suya, y era tal mi trastorno y exaltación, que antes que ella expirase me sacaron de la alcoba presa de violento espasmo nervioso.

Pocos días después de la muerte de Clara, repuesto apenas de mi moral sacudida, trasladéme á mi recién comprado hotel, allá en lo más alto, aireado y tranquilo de los alrededores madrileños, entre el Hipódromo y Chamartín, cara á la sierra solemne y nevada. Instaléme allí con mis criados y una *bonne* francesa para el pequeño. Cerré mi puerta á todo el mundo y me consagré á cuidar y á querer idolátricamente á mi Luisín; dedicarme á él era un modo de indemnizarle de la madre que perdió por mí y de indemnizar á la muerta del amor que le negué en vida.

No sé qué formidables atavismos religiosos actuaban en mí; ello era que el remordimiento y el amor convertíanme en otro hombre. Luisín, al principio triste, asustado y como sin sombra y sin nido, alegre después—los niños olvidan pronto—, alegre como una aurora, dentro de sus vestidillos negros que me enlutaban á mí la conciencia, llenaba mis días del esplendor de su júbilo inconsciente. Agradecía el muñequín mis cari-

cias y las pagaba con halagos de sus manezuelas redondas y torpes y con besos empapados en babas y en risas, que me sabían á gloria, á cariño santo, á generosa y fresca vida.

Tenía Luisín un compañero que llegó á ser mi mejor amigo en el mundo: *el Meli* (abreviatura chulesca de *Melitar*), mastinazo velazqueco, nieto del de *Las Meninas*, formidable en la defensa del hotel contra *golfos* y merodeadores, incansable y fiero en la caza, y manso hasta el martirio con Luisín, que á su sabor le acoceaba los lomos ó la panza, le apaleaba con látigos y bastones; enganchábale á sus carromatos de juguete, ó empeñábase en montarle, asiéndole á fieros puñados piel y carne para trepar á sus lomos, y arrancándole mechones de la recia pelambre auricobrizada. Todo lo sufría mansamente el bravo *Meli*, como si se complaciera en aquel brioso despuntar del masculino instinto del mocosito, y cachazudamente se dijera, aguantando pellizcos y acoceamientos: «¡Mejor! ¡Así se crían los hombres! ¡Te aguanto gustoso porque eres un valiente cachorro de persona!, y, además, porque te quiero, criatura, porque he velado tu sueño de mamón y he esperado tu despertar junto á tu cuna, y he lamido mil veces amorosamente tus carnicillas de tibia rosa.» Esto hablaban las pupilas de venturina del perrazo, clavadas en el nene con ternura que merecía ser humana.

De Lena, ni acordarme quería; su memoria parecíame profanación de mi viudez y de la orfandad de Luisín. Empeñéme en expulsarla de mí,

en borrar hasta las huellas de su recuerdo..., sólo que perseguir una por una aquellas huellas era ya un modo de recordarla. A su carta de pésame, correcta y lacónica, ni contesté; á sus repetidos avisos telefónicos hice que respondiera mi criado excusándome. Con esto parecíame tener reconquistado mi albedrío y mi omnipotencia de sabio. ¡No faltaba sino que personalidad de mi altura se unciera al carro de una coqueta *aprovechada*, si las hubo! ¡Eso querrían los envidiosos! Pero... ¡ca! ¡Un beso de mi Luisín, ¡qué digo!, una lenguarada del *Meli*, valía más que todas las coquetas profesionales!

Además, yo me debía á mi fama, á mi magna labor científica. Me debía sobre todo á Luisín, á crearle una herencia de prestigio y... de pesetas; ¡qué demonio! Y para tales empresas una vida de hombre era corta. Había que renunciar al ascetismo rural; aquella ociosidad contemplativa me deprimía visiblemente. Había que volver á la lucha, á la explotación de las minas cerebrales, que dan gloria y oro. Urgía reanudar mi vida — trabajo, visitas, consultas —. Pero... como profesional y socialmente no pueden hacerse ciertas exclusiones, por todo, hasta por mi dignidad de hombre, imponíase la visita á la Araceli, que repetidamente reclamó mi asistencia. Se imponía, sí; pero no la imponía ninguno de esos deberes, sino una fuerza ineluctable, cuyo reaccionar violento me arrojaba hacia Lena. Y fui, y aquella recaída, como todas las recaídas pasionales, fué definitiva, mortal.

El Demonio del análisis, la maldita deformación profesional, reíase con *rictus* volteriano dentro de la tétrica figura de aquel enlutado Doctor, oficialmente triste y solemne que «por primera vez, después de su reciente desgracia, visitaba á su aristocrática y gentil enferma la marquesa de Araceli». Yo me veía *viviendo* este párrafo cursi de crónica mundana, y el contraste entre tal parodia y mi sentir verdadero provocaba mi burla interior. Pero cuando al alzar los ojos miré á Lena, una fuerza brutal y gloriosa barrió mis ironías. ¡Quién analiza el empuje del mar ó la invasión victoriosa de la luz! El fulgor que irradiaba aquel semblante derretía todas mis enterezas.

Elena no me esperaba; su emoción al verme fué sincera; sus pupilas azules, al hablarme de Luisín, se velaron en humedad radiosa de rocío; la vibración de ternura, de acariciadora *maternalidad* con que su voz de oro me habló del nene, acabó de rendirme. ¡Fué un momento de plenitud del alma! Y con la sed afectiva de quien vivió siempre solo de espíritu; con el angustioso remordimiento de quien por ella mató á un ser que le amaba; con el egoísmo brutal y divino de la pasión, abolida toda conciencia, oprimí á Elena entre mis brazos y sollocé sobre su corazón.

Admirable de aplomo, desconcertante de serena corrección, con esa virgínea impassibilidad de nieve con que las mujeres británicas parecen no comprender nada ó comprender demasiado, Elena se desasíó blanda, fraternalmente, y con pa-

labras de piedad oficial, cortadas, frías, duras, como sillares de hielo, puso un valladar infranqueable á mi arrebató. ¡Era tan natural, tan sagrado mi dolor! El vacío de mi casa, de mi vida, la orfandad del pobrecito niño... ¡Aquello era lo irremediable! ¡Ay, cuando se encuentra la felicidad y se la pierde!...

Aquella mujer era un Maquiaveló ó un adonquín. Pero... ¿no había sentido latir y arder en mí la pasión? Quédeme desconcertado y aturdido como por un mazazo en la nuca. ¿Qué había bajo su blindaje de corrección cosmopolita? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo responder con un raptó de pasión á aquellas palabras de piedad que parecían echar tierra sagrada sobre el cadáver de la mujer á quien mató mi desamor? Lena seguía jugando con mi alma y con mi vida; yo me sentía poseído, embrujado y enloquecido por ella.

A solas, vino la reflexión á decirme que lo que Lena había hecho era lo social, lo humano, lo inevitable; que quien estuvo en su lugar y en su papel fué ella; que yo había olvidado las más elementales conveniencias y los más santos respetos; que había profanado la memoria de mi pobre mujer, calientes aún sus cenizas; que había perdido hasta la noción de mi sacerdocio profesional, comprometiendo mis prestigios de médico eminente en una loca aventura de amor con una mujer casada, enferma y cliente mía. Lena, admirable de corrección, de virtud, de equilibrio, me había dado una lección solemne.

Pero... ¿la vida se reduce á esta vil comedia

social? Pero ¿hemos de quemar los cortos días de la juventud en el altar de las conveniencias mentirosas? ¡Valía la pena de que mi vida pasional despertase y se desencadenara, para sacrificarla al espantajo de las conveniencias! ¡Gran caso hacen de él el hombre y la mujer que se enamoran! ¡Lo que había era que Lena se estaba burlando de mí á todo trapo! ¡Que ella quería asegurarse un *amant de cœur* y un estúpido pagano de sus ruinosos derroches! ¡Que quiso curiosear el alma de un sabio y añadir un nombre célebre á su lista de «Don Juan»-hembra! ¡Pues no le durarían tales lujos!

Mi ira estallaba con la violencia inofensiva con que estallan las iras de los neuróticos pasionales; ¡pólvora sola! Lejos de ella, disecaba yo clínicamente á Lena; á su lado, mis ojos no se hartaban de su hermosura. No me engañaba; era peor: me poseía, me expulsaba de mí mismo y se difundía como un hechizo por mi cielo interior. El contacto de aquella alma femenina érale tan suave á mi espíritu hirsuto y harto de soledad y de ciencia, que era una fiesta para mi sensualidad aquella prodigiosa suplantación de mi alma por la suya. Los que sólo viven de pan, ó los que saben amar con taxímetro, no comprenderán mi situación; era «un caso», el eterno caso de Hércules y Omfalia: la abdicación de la fuerza—física ó intelectual—en manos del amor.

No logrando atraer á Lena hacia mí, propúseme ir á ella, asociarme á sus gustos, entretejerme en la trama brillante y ligera de su vida.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO RUIZ DE
 AÑO: 1925 MONTIÑEROS 123

Comencé por intervenir profesionalmente en su química de tocador: la coqueta resistiase á iniciarme en aquellos misteriosos ritos; la aprensiva cedió al miedo de exponer su salud y su frescura de flor á la acción de aquellos venenos.

¡Quién habló de magos y de brujas! Los hechiceros de Oriente y los alquimistas medioevales eran niños de teta comparados á los modernos expendedores de juventud, de plástica y de seducción embotelladas.

El cultivo de la belleza personal, el culto ególatra de la belleza ó de su falsificación habilísima, alcanza hoy asombrosas proporciones: la higiene y la estética de tocador, con sus múltiples auxiliares — hidroterapia, masaje, electricidad, cosmética, perfumería —, constituyen un mundo complicadísimo; ocupan millones de obreros, comerciantes, comisionistas, químicos y profesionales de las más variadas especies: frotadores, amasadores, manicuros, pedicuros, depiladores por la electricidad, etc., sin contar los «escultores en carne humana»: afiladores de narices, correctores de orejas, agrandadores, tintoreros y abri-llantadores de ojos, mediante dolorosas operaciones y colirios embrujados; así como los inventores y aplicadores de toda especie de menjerges y procedimientos contra la obesidad, las arrugas ó cualquier otra corporal deformación, y los expendedores de toda suerte de talismanes y amuletos que agradan prodigiosamente las fuerzas físicas, redoblan el prestigio personal y otorgan á los mortales no menos que belleza, juventud y

omnipotencia de dioses. ¡Signos de los tiempos! Es la paganización del mundo, la autolatría, el terror morboso ante la vejez y la muerte.

Nadie debe preocuparse tanto de este grave aspecto de la neurosis actual como el neurópata; pero confieso que descuidé tal estudio, que nunca se me reveló esta grave perturbación psicopatológica en toda su alarmante magnitud, hasta que inventarié y analicé todo aquel museo de estética humana acumulado en las habitaciones de baño y tocador de Lena.

Con la hidroterapia fui complaciente; con los perfumes, benévolo; con las cremas, inyecciones, colirios y toda suerte de substancias y procedimientos nocivos á la salud mostréme inexorable.

Elena, aceptando dócilmente ó *con reservas* mis decretos prohibitorios, estaba radiante de aquella alegría fisiológica que parecía luz espiritual y la incendiaba entera, como si dentro de ella ardiese una aurora. El influjo mareante, enervador, de tanto violento perfume, ejerciase en nosotros como sugestión demoníaca de voluptuosidad enloquecedora. Yo perdí el dominio de mí mismo, y Elena, como borracha de aromas, abandonóse por unos momentos á mi pasión. De improviso, recobrándose, despidióme con aquel gesto imperioso, al que jamás supe resistir, y fué á encerrarse en su gabinete rosa.

Mi fantasía, en complicidad con mi arrebató erótico, hicieron de aquellos momentos de abandono un poema de amor infinito. Elena me amaba

calladamente, y, al cabo, el amor había sido más fuerte que su voluntad; vino después la reacción del pudor, del remordimiento, del orgullo; pero... ¡la revelación estaba hecha! Elena era mía; horizontes infinitos de luz abriáanse ante nosotros; los ojos de mi espíritu se llenaban del esplendor de aquel ensueño; yo andaba y hablaba como sonámbulo ó poseído, en palpitante espera de la dicha.

Al día siguiente realicé una locura insólita: gasté cuanto metálico tenía en caja, y parte de lo depositado en el Banco, en flores, en perfumes y en joyas. Compré un delirio, una inundación de rosas, violetas, azaleas y orquídeas de las especies más costosas; adquirí, á precios disparatados, esencieros de cristal y oro engastados de zafiros, rubíes y brillantes, y los hice llenar de los extractos más exquisitos que destilan los magos de la perfumería parisiense; pagué, por último, á precio de *primo*, de enamorado ó de loco, un *sautoir único*, de perlas tan grandes, esféricas, blancas y etéreamente irisadas, que no eran indignas de una Emperatriz de Oriente. Envié, precediéndome, el enorme botín de flores, y llevé yo mismo las esencias y las perlas.

Lena se incendió de orgullo, ardió en alegría difusa que la cercaba como un halo esplendoroso; tuvo frases deliciosas para celebrar la belleza y prestigio de las joyas, las flores y las esencias; estalló en risas, en gorjeos, en explosiones de alborozo infantil desbordado; pero en aquella magnífica expansión de su tumultuosa alma fe-

menina no sonó una palabra de gratitud para el loco que derretía su fortuna en aquel puñado de incienso quemado ante sus aras. No tuvo una palabra, no ya de amor, de blanda ternura, ni de amistad, ni de atención siquiera para mí. ¿Qué mujer era aquélla?

Procedía como si todo homenaje y todo sacrificio é inmolación le fuesen obligatoriamente debidos. No tenía ni el pudor de sus codicias, ni se dignaba simular el gesto de la gratitud. Sus palabras, sus acciones, sus exigencias locas arrancaban con inmodestia olímpica del alto convencimiento de que «ella era ella», y todo le pertenecía por fuero de hermosura, por derecho de seducción; y los cielos, el sol, los astros todos, las flores, las piedras preciosas, el oro, la voluntad de los hombres...; ¡todo había sido creado para que ella lo poseyese y lo derrochara! Así procedía, así era aquella mujer; y yo me sentía envuelto en los ciclónicos giros de aquel vórtice que me sorbía y me abismaba irremediamente.

Elena era, en efecto, «una mujer de presa». ¿Eralo por ambición de lujo?, ¿por temperamento?, ¿por curiosidad de almas? No sé; quizás por todo junto; pero sin duda la ambición y la voluptuosidad la poseían, y en sus pasiones, en su bárbaro egoísmo, en su sed de oro, era absorbente, voraz, cruelmente desalmada.

De esto me convencí muy tarde; y... quizás hoy mismo no quiero, ó no puedo aún convencerme. Mi inexperiencia en el mundo que ella poseía, en las artes que ella dominaba; mi aturdimiento de

advenedizo deslumbrado; su aplomo y maestría estupefacientes en la ciencia de la fascinación y el *desplume* de los hombres; mis candideces y estupores de neófito pasional; sus personales hechizos irresistibles; su potencia de captación y narcotización espiritual; el arte con que sabía envolverse en mil velos de misterio y prestigios tentadores; la diabólica destreza con que manejaba el peligroso explosivo de los celos; el incomparable genio de actriz y de autora dramática con que preparaba los efectos de las escenas culminantes en complicidad con el lugar, con la hora, con la luz, con el traje, con el perfume, con las músicas armoniosas de su voz; todo aquel arte de magia y sugestión embrujadora ejerciase sobre mí tan absolutamente, que me sentía oprimido, sofocado entre los hilos de una impalpable red.

No había resistir contra aquella violencia suave, que estrangulaba en nudos de seda; no había previsión que se anticipase á los sorprendentes recursos de aquella doctora en seducción; no había modo de sustraerse á su voracidad absorbiva, ni medio de llegar á ella y adueñarse de su alma y de su hermosura.

Diariamente discurría yo mil planes, mil subterfugios, mil ardides; pero ella parecía haberlos adivinado para hacerlos estallar y desvanecerse como pompas de jabón. Cuando imaginaba hallarla enferma y decaída, había salido en automóvil al amanecer; cuando pensaba yo proponerle una excursión en *auto*, encontrábamela nerviosa, postradísima, aspirando las sales in-

glesas, necesitada de silencio y reposo; cuando en toda una noche de insomnio febricitante había yo forjado y buído como aceros de combate las palabras con que haría penetrar agresiva, mortalmente mi pasión en su alma, recibíame ri-sueña, burlona, incisiva, *parsifleusse*, como si hubiera prevenido á mi romántico y exasperado amor una rechiffa sangrienta.

Yo entonces reía; reía nerviosa, amarga, desesperadamente, como el poeta, insultando con mi fúnebre risa mi propia pena y mi constante derrota. Atado á mi roca del Cáucaso, mientras el negro buitres roía mis entrañas, que iban renaciendo bajo su pico voraz, sentía yo en aquel bárbaro suplicio desangrarse mi alma y agotarse las fuerzas de mi vida. Sentíame juguete y víctima de una desalmada que explotaba insaciablemente mis larguezas, sacrificándome en aras de su amante ó de sus amantes misteriosos. Yo hubiese arrostrado la lucha clara, personal, trágica, frente á frente, con ella, con Valsoles, con el infierno en masa; pero aquella lucha mortal con lo impalpable, aquella interminable caída en un abismo gris, blando, mullido, como de nieblas y plumón de cisne, me exasperaba hasta la demencia.

Agotado, demaeradísimo, cadavérico, resolví huir de Madrid por unos días, zafarme de las mallas de aquella red diabólica, detenerme en mi caída interminable, tomar alientos, reflexionar, buscarme á mí mismo.

Decidí, pues, retraerme por unas semanas al

coto de Pepe Sigüenza, jirón de tierra serrana, huraña y yerma, donde por voluntad de su dueño—de continuo ausente—era todo mío y todo me esperaba siempre con igual cariñosa acogida: el cielo azul crudo, de nubes claras, batidas, velazquezcas; Martinón, el capataz montuno, y *Gañán*, el hisurto mastín, que hacía grandes migas con el chulapo *Meli*. Allí me apetecía dar-me un atracón de soledad y de naturaleza veraz, áspera, brava.

Dejado el tren en Villalba, tronchando malezas, aplastando hierbas olorosas con mis fuertes botas de caza, entre saltos y latidos bélicos del *Meli*, que barruntaba sangrientas batidas y homéricos festines de palpitante carne compartidos con *Gañán*, traguéme como en triunfo y en liberación las dos leguas corridas que separan á Villalba del coto de mi amigo.

Martinón nos acogió con fidelidad y júbilo perrunos, y *Gañán*, con halagos y expansiones casi humanas. Los perrazos celebraron su encuentro midiendo á carreras locas la finca en todas sus latitudes, brincando por entre las malezas, lengüeteando en los charcos y arroyales y saltándose alrededor con los rosados belfos hileando baba y agua fresca, y las nobles pupilas bravas ardiendo de impaciencia interrogante, como preguntándome: «¿Cuándo empieza la batida? ¿Cuándo sueña el primer tiro?» Salió Martinón de su casucha, ceñida la canana y embrazado el escopetón formidable, y señalándome á lo tupido del coto: «Por allí *jierven* las piezas como agua, señorito.»

Sedújome por un momento el goce viril de la caza, compartí la alegre fatiga de Martinón y los perros, corrí, disparé, cobramos algunas piezas; pero pronto me sentí rendido, descoyuntado, falto de aliento; sin duda, el esfuerzo de la marcha á pie agotó mis quebrantadas energías.

Busqué un rincón de sombra y de paz al pie de unos pinos copudos y entre unos matorrales altos; allí la hierba densa brindaba un lecho muelle y oloroso á mi cansancio de andar, y aun al de vivir. Tendíme sobre el tapiz velludo, haciendo almohada del morral y despojándome del fieltro para que el aire y la luz me oresasen la frente.

Era un baño en plena vida, un chapuzón en el magno silencio religioso de la Naturaleza; un beleño suave, una emanación de sosiego desprendíase de la quietud augusta y me ungió en serenidad y en blanda somnolencia vaga, donde la realidad íbase esfumando hasta flotar semiperdida, vagorosa, con los borradizos perfiles del ensueño. En aquella humareda láctea comenzó á diseñarse con trazos fosforescentes la idea fija, el contorno gentil, la cabellera de luz, la celeste mirada de Lena: su voz de oro, su risa cristalina, resonaban dentro de mí con músicas inefables. La paz ambiente, la grandeza de los cielos, el esplendor del sol..., ¿qué se hicieron?

Yo no quería pensar en ella, yo quería derramarme y disolverme en la infinitud que me envolvía; pero ella era para mí más grande que la soledad, que la tierra y que los cielos; mi infinito

era ella, y el eje de la vida universal era para mí el rayo azul de aquellos ojos eternamente clavados en mi alma. Al principio mi ensoñar era dulce, una morosidad voluptuosa, como incipiente borrachera de *champagne*; después el delicioso mareo se salpicaba de pinchazos lancinantes, de sacudidas de inexplicable sobresalto.

Al anochecer, la vuelta de Martínón y de los perros, que entre voces y ladridos venían á ofrecerme su gran botín cinegético; la penetrante humedad vespertina, el sopro glacial de la sierra, despertaron mi sensibilidad de su morbosa posturación, y cuando guarda y mastines volvieron á dejarme solo, mientras en la casuca humeaba el fuego en que se cocía la cena, en la solemnidad del crepúsculo, volví á encontrarme á mí mismo, y juzgándome reflexivamente, me asombré de aquel achicamiento y abdicación de mi personalidad de hombre y de sabio, que me sometía á las veleidades de un ser de egoísmo, de seducción y de mentira; porque en Lena era todo mentira y falsedad y engaño: desde las *flexuosas* líneas de su cuerpo serpentino, amalgamadas, fundidas con los blandos contornos de sus voluptuosos trajes tentadores, hasta el tono de su voz, la música de sus risas y el sentido de sus palabras, y el arte de sus actitudes teatrales, la armonía de aquellos acordes movimientos, que eran callada música dinámica.

Pero ¿puede falsificarse todo en la vida? No; Lena realizaba una gran verdad: la belleza.

Así la disculpaba mi delirio.

¿Qué importaba que mintiese, que me engañara, si le debí el más alto bien de amor?

Y aquí su hermosura vencedora, de pie sobre las ruinas de mi albedrío, me poseía plenamente; pero mi pasión de hombre la quería toda entera para mí; y entonces era el desatarse de las fieras fisiológicas, el ansia de la posesión, la mentira embriagadora de la esperanza y el delirio de los celos con sus torturas infinitas. Y la fantasía se engranaba prodigiosamente á la pasión, y con milagros de erectividad y de percepción fingíame presentes y palpables las escenas más íntimas y apasionadas. La mentirosa visión me quemaba la retina, me encabritaba los nervios, me amotinaba la voluntad; aquella sensación me parecía telepática, mi sensibilidad se empalmaba con el hotel de la Castellana; no había distancia; yo estaba allí; los veía, los oía burlarse de mi credulidad, reírse de mi enamoramiento de cadete, aprovecharse de mi ausencia y gozar á dúo de los mil objetos preciosos con que enriquecí el *boudoir* de Lena. Aquello era insufrible, indignante, sangriento. ¡Y era así, así, y no podía ser de otro modo! Yo lo veía; pero necesitaba mirarlo con los ojos, para después vengarme hasta hartarme de venganza. Pero vengarme, ¿de qué? ¿Qué derechos tenía yo sobre Lena? ¡Ninguno y todos! ¿Acaso la pasión no es un derecho? ¿No sabía, no aceptaba ella este derecho recibiendo, no sólo mi culto de amor, sino mis dádivas locas? ¿Entonces?...

Como en un sueño asistí á la cena con que me

obsequiaba Martínón, entre los halagos y lame-tones del *Meli* y del *Gañán*; como hipnotizado ó borracho tendíme en el camastro del guarda, donde me asaltaron todos los engendros de la pesadilla y del delirio, y me atenazaron y desgarraron el alma todas las puntas candentes de la sospecha, de la impaciencia y de los celos.

Con el temprano amanecer campesino salté del duro catre, chapucéme la cara en un barreñón desportillado, dejé unas monedas sobre la mesilla paticoja, y sin despedirme de Martínón, que salió, sin duda, en busca de provisiones con que regalarme, terciéme la escopeta y, seguido del *Meli*, corrí á coger el primer tren que pasara por Villalba.

Guardo de aquel viaje la impresión que guardaría de una vertiginosa galopada sobre una ráfaga ciclónica. La conciencia profesional, semi-despierta en mí, alarmábase ante el duro pulsar de mis arterias y el desatado funcionalismo de mis nervios y de mi fantasía; y el fino instinto animal del *Meli* venteaba algo anormal en la fisiología de su amo; y como si materialmente me viese naufragar y sumergirme braceando en aguas de abismo, intentaba, á su modo, mi salvamento; llamábame con mansos ladridos insinuantes, restregaba su recia pelambre por la pana de mis calzones de caza, asía con los dientes el borde de mi chaqueta y tiraba, tiraba fuerte, como queriendo arrancarme á mi quimera, ó sacarme de mi marasmo.

Yo corría, dejando atrás sierras y montes, y

tierras empedernidas, herbosas ó encharcadas; corría bajo un cielo *pesante*, cargado de vedijosas nubes plumbíferas, bajo la niebla serrana, que se derretía en llovizna glacial, empapándome hasta los huesos; corría, hundiéndome en lodazales y desgarrándome en zarzas y abrojos. Una fuerza ciega me proyectaba adelante, como una bala que sigue una trayectoria. El fiel *Meli*, como adivinando lo fatal de aquella fuerza invisible, pareció uncirse á ella, y corriendo los dos como fieras acosadas, jadeantes, llegamos á Villalba, calados por la lluvia de hielo, empapados en sudor y cubiertos de barro.

Ya en el tren, cuando el salvaje aullido del vapor y el tironazo de la arrancada hiciéronme sonreír de gozo, el *Meli*, secundándome, lanzó un ladrido triunfal y sentóse á mis pies, posando en mis rodillas la noble cabezota y penetrándome de su ardoroso vaho, como queriendo calentar mis carnes y secar mis ropas empapadas.

Rápidas y temblonas, como titilantes películas cinematográficas, huían las perspectivas monótonas, rebozadas en azulosa niebla, huían las volutas de humo grisáceo, enredándose en los esqueletados árboles ó en el aéreo pentagrama del telégrafo; yo lo veía todo sin mirarlo, como en sueños, é iba flechado á ella; para mí ella sólo existía; y por delante de mí iba mi frenética impaciencia, anulando distancias y tiempo, salvando obstáculos, *previviendo* mi vuelta: lo primero llegar, llegar; que surja Madrid, que se acerque, que vuele el tren, y cuando Madrid y el tren se

encuentren, salto al andén, corro á casa, tiro estos arreos y esta enlodada ropa, me ducho, me baño, me perfume, renazco de mí mismo, me acicalo á escape, y al raudo trotar de mi valiente tronco, ¡á la Castellana, volando! No me espera; caigo como del cielo; los sorprendo acaso; quizás me encuentro con él—aun imaginado me quema la mente el nombre de Valsoles—. La visión del odiado *auto* rojo atravesó mi celoso delirio. ¡Qué despacio iba el tren!

¡Por fin! Las tapias de la Casa de Campo, las frondosidades de la Moncloa, el Campo del Moro, la mole blanca de Palacio. Apenas se detuvo el tren, salté á tierra sin tocar en el estribo; el *Meli* saltó casi entre mis pies.

Para ahorrar distancias, transbordos y promiscuidades de público en los tranvías, traqueteo de *simones*, protestas contra el perro ó contra el lodo que nos cubría, y esquivar de las gentes mi fangosa catadura, resolví correr á mi casa por un camino poco frecuentado que culebrea desde la Puerta de Hierro hasta los Cuatro Caminos, desembocando frente á la entrada de mi hotel.

El *Meli*, que conocía el atajo por haberle yo utilizado á la vuelta de solitarios paseos, lanzóse por él con brincos y ladridos de júbilo, precediéndome disparado y volviendo impaciente á estimular con halagos y jadeos mi rápida marcha, que no había menester estímulos. Bajábamos, subíamos, resbalábamos y zigzagueábamos los dos con el camino corriendo cada cual, al ímpetu de su corazón, al encuentro de un amor ab-

soluto y loco. Yo (¡lo confieso amargamente!) iba hacia Lena como la piedra al abismo: para mí ella sola existía; el *Meli* venteaba en el aire matinal rastros y efluvios remotos, tiraba de él una entrañable querencia, y antes que viese yo centellear entre los eucaliptus que emboscaban mi casa el platino del alto pararrayos, ya el mastinazo volaba, arañando el suelo en su carrera, hacia el objeto de sus fogosas ternuras: mi Luisín adorado.

Entonces, con vergüenza y remordimiento de mi olvido, tuve un rapto y una visión intranscribibles: sentí amanecer en mi alma y surgir en ella un enorme disco de sol que lo llenaba todo. Corrí, como el *Meli*, hacia el amor de mis amores, y... ¡aquí la acción fué más rauda que el pensamiento, y la realidad más fecunda en horror que la fantasía! Tornaba el *Meli* hacia mí, precediendo al niño, que gritaba con musicales voces: «¡Papá mene! ¡Papá, papito!...»

Y á punto en que el angelín llegaba á la abierta verja del hotel, ronflando y mugiendo entre polvo y humareda sucia, surgió, agrandándose por la carretera que flanquea mi jardín, un relámpago rojo de cegadoras refulgencias: el fatídico *auto* de Valsoles; en él entrévi la silueta y entreoí las risas locas de Lena y de su amigo, que aprovechaban mi ausencia.

Tomó el *auto* la vuelta en corto, y á punto en que el *Meli*, tendido en el aire, salvaba de un bote el camino, y el niño tras él... Un rayo dura más que duró el flamear de las blancas ropitas al